

DE LA ESCRITURA QUE ESCAPA DE LOS MÁRGENES

JESSICA NIETO



La cola de la ballena. Azul (Interpretación del sueño) / Óleo sobre tela / 27,5 x 49 cm / 2022

1 ■ Hace poco más de un año, conversando con la artista plástica Mayra Silva, quien ha desarrollado su discurso creativo a partir de las cualidades materiales y espaciales de la escritura –en sus piezas y acciones, la escritura aparece o sucede en contextos y soportes concretos, como un muro, piezas de yeso, papeles

varios, cuero, alambres, entre otros, todos intervenidos con palabras, que tienen un peso, una dimensión, y un cuerpo–, le comenté que de alguna manera, toda su obra, cada una de sus piezas, han ido construyendo un texto, como un libro. Uno donde la reflexión en torno a la capacidad transformativa de la escritura y la forma en que

incide en nuestra vida diaria, nos hace entender esta práctica, esta costumbre, este ejercicio, este gesto como un acto que verdaderamente nos afecta, o debiera afectarnos. Marcarnos. Dejar una huella. Porque sus piezas son exactamente eso: escritura que hiende, que ocupa un sitio y lo modifica. Aunque no se trata de

una escritura tradicional, la obra de Mayra es escritura, y la unidad temática que lo mantiene todo conectado, es la escritura misma. A lo que quiero llegar con esto es que, aunque no es una novedad pensar la escritura, y a partir de eso escribir, creo que comprender su materialidad, su perdurabilidad, su resonancia, potencia las posibilidades de su aparecer y su apariencia, que es como yo concibo a la escritura toda, no solo la escritura literaria. Y todo esto que he mencionado me resulta básico en el oficio de trabajar con la escritura. Las editoras y los editores trabajamos con la escritura, y poseemos ciertas habilidades para trabajarla. Para acercarnos a ella y manipularla. Es una palabra un poco fuerte, pero de alguna manera de eso se trata lo que hacemos: tenemos un manuscrito y lo manipulamos, hasta que pasa de ser ese texto manuscrito a ser un libro. Aquí con libro me refiero al formato tradicional, pero, volviendo a los formatos escriturales de Mayra Silva –formatos que también podemos encontrar en la obra de otros artistas, escritores y no, que igualmente exploran las posibilidades espaciales de las palabras, de las letras, del gesto caligráfico y la huella tipo-

gráfica, e incluso su sonido–, pues el libro como tal ha pasado a ser un espacio más en donde la escritura puede aparecer. No digo que pierda su valor: el libro es el libro –la casa de las palabras, lo llamó alguna vez mi hija mayor–, es solo que actualmente la escritura tiene una presencia apabullante, y el libro no la abarca. La cultura escrita implica muchas manifestaciones y supone un impacto social e histórico mucho más profundo que el solo impacto que tiene la labor editorial o alguna otra forma de manipular la escritura. Además, la cultura escrita en la que suele formarse a los profesionales de letras y de edición, excluye otras manifestaciones de la lengua que no son necesariamente escriturales, pero son palabra. Por eso hoy en día quienes nos dedicamos a este oficio, tenemos un papel relevante en el proceso de descolonización de la escritura: cuando comprendemos que nuestra cultura escrita no es única ni unívoca, y que existen otras formas y sonidos que se han mantenido al margen, pero no por ello deben ser ignorados. La escritura, hoy por hoy, tiene una presencia muy fuerte. Está en todas partes. Y aunque muchos de sus usos o apariciones son más bien utilitarias, no

por eso dejan de ser escritura. Nos maravillamos al ver las tablas sumerias y su escritura cuneiforme, pero muchas de esas tablas contienen datos duros que no tendrían por qué conmovernos. Lo que nos conmueve es otra cosa: nos conmueve la piedra, que ha persistido por miles y miles de años; nos conmueven los trazos hundidos en ella, porque son precisos, justos y bellos; nos conmueve saber que esos trazos los hizo una persona con cuidado y atención; nos conmueve saber que la atención que puso en ese trabajo tenía la finalidad de fijar algo en esa piedra para que no se olvidara. Finalmente, nos conmueve eso: la permanencia de esa escritura y de su memoria. Así que, más allá de sus fines utilitarios o literarios, la presencia apabullante de la escritura, su materialidad, su apariencia y su aparecer, son para mí relevantes, y como trabajadora de la escritura –suena lindo nombrarme así–, me resulta vital estar atenta a estas manifestaciones escritas que poseen un cuerpo que no es un libro –como las piezas de Mayra–, porque contienen pedazos de historia, la memoria de una persona o personas, el gesto de su existencia y de su decir.

Que actualmente muchas editoriales, incluyendo en la que yo trabajo, apostemos por autoras, y además apostemos por textos que reflejen un matiz de la cotidianeidad, desde perspectivas más emotivas que intelectuales... es un acto de reconocimiento.

2. No es casualidad, para mí, que en las dos universidades de esta ciudad donde preparan a profesionistas en la edición, el Tec y la UANL, el grueso del alumnado sean mujeres, si no es que todo el alumnado. Es necesario que las mujeres se preparen para sacar a la luz todas estas escrituras marginadas. Doy un ejemplo. Hasta hace poco supe de la existencia de las Trobairitz: trovadoras de la Edad Media que ejercían su oficio de componer música o cantos seculares, pues como ha sucedido históricamente con la creación de cualquier índole hecha por mujeres, la aportación lírica de este

grupo de compositoras se mantuvo silenciada, ante el grueso de la creación hecha por hombres. Han pasado cientos de años, y la realidad es que ha sido la labor de las mismas mujeres la que ha sacado del olvido a cantidad de artistas, escritoras, científicas, pensadoras, al comenzar a nombrarlas, a hacer trabajo de investigación y de revaloración de sus aportes. Dichos aportes, muchas veces, si no es que todas, no embonaban con los parámetros o los formatos establecidos por el pensamiento hegemónico. Aquí retomo lo que mencioné sobre la cultura escrita, y cómo muchas de sus manifestaciones quedan relegadas o son consideradas secundarias o accesorias, porque no conllevan, según, cierto nivel de complejidad o porque sus contenidos no son específicamente intelectuales o creativos. Quién ha decidido esto, bueno, ya lo sabemos, pero nuestra labor acá es posicionarnos frente a esa decisión, cuestionarla y revirla. ¿Por qué, por ejemplo, la escritura primigenia de los niños y las niñas que comienzan a escribir, no es significativa? ¿Todas esas libretas que llenan de palabras cada año escolar? ¿El listado de pendientes del día? ¿Los diarios personales? ¿La nota que dejamos pegada

a la puerta para avisar que no estamos, pero que volveremos pronto? ¿La sensación de esperanza que otorga esa nota, no es relevante? A lo mejor sueno fuera de tema, pero ese mismo criterio de desvalorización e invalidación se utilizó, y quizás se siga utilizando, para la escritura literaria de cientos de autoras. Que solo escribimos cotidianidades. Y qué con eso. Sabemos que no solo escribimos sobre eso, pero, y qué si así fuera. Todos estamos dentro de la cotidianeidad. Nadie se escapa. Si ese es nuestro tema, entonces estamos en EL TEMA, y todo lo que generamos es pertinente. Recordemos una vez más los inicios de la escritura. Los inicios de la cultura escrita. ¿Qué se fijaba? El día a día. O se llevaban las cuentas de lo que se comerciaba. Los trueques. Luego se comenzaron a fijar otro tipo de cosas: el entendimiento del mundo que nos rodea, lo que se pensaba sobre ese mundo, las genealogías y los mitos. Se complejizó, claro, como lo hicimos como humanidad. Así que, que actualmente muchas editoriales, incluyendo en la que yo trabajo, apostemos por autoras, y además apostemos por textos que reflejen un matiz de la cotidianeidad, desde perspectivas más

emotivas que intelectuales, no solo es acto de reinvinciación, es sobre todo un acto de reconocimiento: de leernos ahí. Pensemos en otro tipo de escritura que se sale de los parámetros y suele ser malinterpretada o ignorada, en la actualidad, como fueron ignoradas las canciones de las Trobairitz por un tiempo: el grafiti. Esta ciudad, como muchas grandes ciudades, está totalmente grafitada. A mucha gente le molesta y afirman que nuestro entorno se ve sucio, desordenado. Que ese rayadero no dice nada. Pero dice. Hay un colectivo que se ha dedicado a documentar, interpretar, editar libros en torno al grafiti de la ciudad. Así es, editar, ensamblando sus propios libros a mano. Son la Cooperativa Rayenari, integrada por Nydia Prieto y Cristóbal López. Hace años prepararon una serie de cuadernos titulada “Rayar, caminar, convivir. Memoria, símbolo y espacio en el grafiti de Monterrey”. Es un trabajo colectivo —el trabajo en

comunidad es otra forma de irnos descolonizando—, cinco ensayos. Contiene bases antropológicas de este tipo de escritura, hay un análisis paleográfico de los trazos, que no es solo rayadero, y explica la función social que tiene en el entorno urbano. Este proyecto editorial es un buen ejemplo de cómo es posible ir descolonizando la escritura toda, no solo la de mujeres, aunque, insisto, es primordial darle espacio a la voz de las mujeres. Tampoco es casualidad que uno de los miembros de este colectivo es una mujer, Nydia, quien siempre se ha caracterizado por su posicionamiento crítico ante las imposiciones de la sociedad, ante las injusticias, y ante el silenciamiento. Proyectos como este, que en efecto revaloran los géneros literarios, que apelan a la identidad colectiva, que rescatan discursos escriturales a los que no tenemos fácil acceso, se tienen que mencionar. Por supuesto que hay muchos otros, y todos están cumpliendo con la imperiosa

necesidad de nombrar aquello que ha quedado sin decir porque parecía, según, que no decía nada, y que era, sí, puro rayadero.

3. He querido conectar el trabajo de arte visual de Mayra Silva con el proyecto editorial de la Cooperativa Rayenari para ejemplificar de manera concreta las posibilidades de la escritura fuera de los cánones. Pensar en escrituras sin libro, pero no por ello carentes de cuerpo, de materialidad y de significado. También seleccioné a estas dos fuentes porque me interesa subrayar la importancia de reflexionar en torno a la escritura y su presencia en nuestra vida. Su utilidad, sí, pero también su belleza. Cuando pienso en descolonizar la escritura, pienso en esto: en revalorar sus gestos cotidianos, en reconocer la diversidad de esos gestos, y en aceptar que su apariencia y su aparecer pueden ser múltiples y sonoros, como los cantos de las Trobairitz.